

campo en el que aquella no permite rivales; así era que el afamado arsenal de Venecia se hallaba en el más lastimoso estado por su infructuosa inacción: en el insigne puerto de Pola no se divisaba ningún buque de guerra de consideración: y Cataro y Ragusa eran víctimas de la predilecta Trieste. Se había modificado el sistema protector de aduanas, rebajando los aranceles; por todas partes se construían edificios grandiosos, no de ostentación y lujo, sino de verdadera utilidad; y el Gobierno consentía en que se hiciese toda clase de mejoras con tal que viniesen de él solo, haciendo sinónimo el gobernar y reprimir, clasificando los hombres según sus sueldos, y reduciendo el Gobierno á aduaneros, oficinistas, espías y soldados. Francisco I, apasionado por la unidad administrativa de José II, había deseado, más bien que intentado, hacer desaparecer los diferentes sistemas de esta administración, reduciéndolos á una uniformidad completa, pero se limitó á conservar; y mientras que el mundo avanzaba, él permanecía firme, inmóvil: « Bueno debería ser lo que hasta entonces siempre había sido bueno, y los pueblos debían estar persuadidos de que el emperador no quería más que su bien, y dejárselo hacer. » Así gobernó con esta simple política hasta el año 1835, negándose siempre á hacer concesión ó reforma de ninguna especie, no obstante de que, la Hungría especialmente, renovase sin cesar sus pretensiones de obtener una vida más independiente, y de que los países austriacos que tienen sus particulares Asambleas ó Dietas (1), presentasen siempre que se reunían, demandas apremiantes de publicidad mayor, y deseos de tener una parte más extensa en las deliberaciones relativas á sus propios intereses. Á pesar de esto, el emperador debía tener siempre confianza en el ejército; y se atribuía la culpa de todo á Metternich, hombre de clara y universal inteligencia, pero que en política había adoptado el sistema de « reconocimiento de los hechos consumados, » que carecía del valor de iniciativa, y esto aun cuando su dueño le hubiese dejado expedita la vía, y la libertad de acción.

1848. Ascendido al trono Fernando I, este emperador fué bueno cual ningún otro: pero Viena,

(1) En la Alta y en la Baja-Austria, en la Estiria, en la Carintia, en Bohemia, en Moravia, en la Galitzia y Lodomeria había Dietas compuestas de los cuatro estados: el Clero, la Nobleza, los Caballeros (*Ritterstand*), y los ciudadanos, siendo representados estos últimos por los magistrados de la ciudad regia. En el Tirol, desde el 24 de marzo de 1816, los Estados, constituidos en la misma forma, habían obtenido el derecho de elevar algunas súplicas al emperador, en nombre del país, pero sin tener voto legislativo, ni tampoco en lo relativo á las contribuciones.

En la Silesia, los Estados ó Dietas se componían de los Señores (*Standsherren*), de los Caballeros (*Rittersehaft*), dependientes directamente del emperador.

ciudad que se creía materializada y sumida en los placeres, y servilmente adicta á una dinastía que le hacía ser la capital de un grande imperio, llegó á cansarse del asombroso despotismo de un ministro que usurpaba el nombre de fuerte, de prudente y sabio, porque se negaba á todo movimiento de reforma. Algunas intrigas de corte, algunas ambiciones de gabinete, vinieron á favorecer las aspiraciones liberales, ya algo exaltadas con las diatribas que la Alemania lanzaba contra el Austria, apoyadas por la fermentación de la revolución francesa. Hallándose unidos los Estados de la Baja-Austria, la sociedad política é industrial expusieron algunas demandas: La Bohemia y la Galitzia habían solicitado ya la libertad de imprenta, y la libertad de la enseñanza, y algunas otras cosas. Una proclama del húngaro Kossuth en la que se pedía la reconstitución del Imperio, dejando á cada una de las nacionalidades el derecho de gobernarse por sí mismas, pero formando una confederación, fijó de una manera más precisa el objeto y fin de aquellas demandas. Animados los estudiantes con el ejemplo de los de Baviera, empezaron á agitarse; y el pueblo de Viena, como si se despertase de un profundo letargo, y avergonzado de haber estado en esa situación tan largo tiempo, alzó su poderosa voz, y mostró un valor inesperado combatiendo contra la escasa guarnición; obtuvo que fuese despedido Metternich, y reemplazado por el liberal Pillersdorf, proclamándose la libertad de la prensa en todo el Imperio, y la formación de la Guardia Nacional. Además de esto, se acordó que una Asamblea general sería convocada para formar la Constitución.

El telégrafo llevó á la Lombardía la noticia de las concesiones obtenidas en Viena, y la anómala discordancia que había entre estas concesiones y las amenazas y negativas de los días precedentes, indicaba claramente que el Austria quería encubrir con el velo aparente de una concesión, lo que en realidad no había sido sino una necesidad inevitable é imprescindible; y puesto que no debía hacerse caso de la buena fe, lo mejor era fiarse á sus propios brazos. La frenética alegría que estos acontecimientos produjeron llegó á su paroxismo, y tomando las proporciones del furor, no se contentó ya con las esperanzas de obtener reformas, sino que convirtiéndose estas esperanzas en deseos y proyectos de independencia, se enarboló la bandera tricolor y se gritó: ¡Viva Pio IX!; Mueran los Alemanes! — Ebríos de entusiasmo y animados de magnánimos deseos, los Milaneses se decidieron á correr los riesgos de la audacia, y emprendieron una lucha memorable en la que sin más armas que algunas escopetas, y al abrigo de barricadas, hicieron frente, durante cinco días,

á tropas disciplinadas. Ni recibieron las armas que, según se decía, estaban preparadas, ni se presentaron los que habían sido expulsados ó que habían huido anteriormente de la ciudad, ni entraron en ella las gentes del campo con quienes los Milaneses contaban, y que no esperaban más que una señal para sublevarse; ni acudieron tampoco los Piamonteses. Pero como el enemigo no se hallaba preparado para la defensa, y tenía escasas municiones; como era probable que la insurrección se extendiese á otros puntos, estas consideraciones unidas á la incertidumbre en que se estaba de lo que sucedía en Viena, determinaron al mariscal Radetzki á ordenar la retirada de las tropas, y Milan se encontró libre. Las otras ciudades como Brescia, Bérgamo, Lodio, Cremona y Pavia expulsaban ó hacían prisioneras también sus guarniciones, evitando en todas partes la inútil efusión de sangre, y protestando solamente contra la dominación extranjera con la satisfacción y alegría de verse libre de ella.

La noticia de las libertades prometidas produjo los mismos efectos en Venecia, en donde capituló el comandante Zichy, viéndose obligado, según las condiciones del convenio hecho con los ciudadanos insurrectos, á sacar fuera de la ciudad las tropas, dejándose en ella la caja, las armas y los soldados italianos. Las otras ciudades de la tierra firme no tardaron en imitar á Venecia.

La insurrección de Milan fué recibida y apreciada en el Piamonte con todo el interés de nación y de vecindad, y puesto que en la mente de todos estaba grabada la idea principal de recobrar la nacionalidad italiana, se pedía que se desenvainase la espada para asegurar esta nacionalidad. ¿No era la realización de este objeto lo que Carlos Alberto deseaba hacia tanto tiempo? Pero el tan preconizado sistema militar se conocía inhábil para hacer la repentina transformación del estado de paz al estado de guerra activa; así era que apenas podrían ponerse en campaña unos 12 á 15 mil hombres. Se ignoraba cuál fuese la verdadera situación del Austria; del resto de la Italia sola poco podía esperarse, no estando acostumbrada á las armas; causaban recelo los socorros de la Francia, porque se temía que este auxilio fuese más bien homicida que salvador del principado. La Inglaterra declaraba que la Lombardía le había sido garantizada al Austria por aquellos mismos tratados que aseguraban Génova al Piamonte, y que el tocar á la una sería comprometer la otra.

Al anuncio de la insurrección lombarda, la juventud piamontesa manifestó sus aspiraciones belicosas, pero el rey y los ministros conocieron que pierde su autoridad y su prestigio aquel que cede y se somete á las exigencias del tumulto.

Sin embargo, al saber que Milan se había librado por sí misma, y que los Alemanes derrotados se retiraban en desordenada fuga, Carlos Alberto arrojó su espada en la balanza de los ministros, y declaró que él con sus hijos se pondría al frente del ejército para llevar á la Lombardía los socorros de un hermano á otro hermano, sin hablar de ninguna recompensa; y que cuando se hubiese terminado la guerra, entonces se decidiría de la suerte de aquel hermoso país.

Los otros Gobiernos de la Italia respondieron á este grito. ¡Acuerdo santo entre príncipes y pueblos que, armados con el sufrimiento de largos padecimientos, anhelan respirar el gozo viril de los combates! Así, pues, ¡la Italia no será ya el trofeo de las victorias de otro, sino que será salvada y libertada por los brazos de sus propios hijos!

La victoria, sin embargo, era mucho ménos fácil que no lo había sido el triunfo. Algunos jóvenes lombardos, animados de un valor generoso, se arrojaron en persecución del enemigo que huía, pero los campesinos no secundaron los impulsos de los ciudadanos milaneses; de modo, que no viéndose perseguido, Radetzky pudo llegar hasta el Mincio, y una vez dentro del formidable cuadrilátero formado por las plazas fuertes de Pesquiera, Mantua, Leónago y Verona, pudo reorganizar las tropas, esperar la llegada de nuevos refuerzos, y prepararse para una nueva lucha.

El ejército piamontés organizado de improviso llegó tarde, y extendiéndose sobre el Adige en una línea de treinta y seis millas, empezó una guerra lenta de posiciones, en la que la incapacidad estratégica hacia estéril é inútil el valor desplegado por las tropas en algunos encuentros. Los celos, las intrigas, los temores oscurecieron pronto aquel efímero horizonte sonrosado con que aparece siempre el alba de todas las revoluciones. Á fin de centralizar la resistencia y las órdenes, el Gobierno provisional de Milan se esforzó en hacer desaparecer los celos, disponiendo que cada una de las provincias le enviase un diputado; pero mientras que todos se creían con la capacidad suficiente para proponer y mandar, ninguno quería cargarse con la responsabilidad de resolver y ejecutar: el pueblo obedecía mal á un Gobierno que se tenía por despreciable; las milicias mostraban más espíritu de partido que de cuerpo; y á pesar de las canciones, y de las proclamas en las que se invocaba la fraternidad, nadie confiaba en nadie.

Venecia que había conquistado su libertad por medio de una capitulación regular, recordando su historia pasada, proclamó la República de San Marcos á la cual se adhirieron las ciudades de tierra firme. ¿No eran también repu-

blicanos los bellos tiempos históricos de la Lombardía, y no se extendería por todas partes esta forma de gobierno iniciada por la Francia? ¿no se verían con esto alejados los celos de los principios antiguos y las ambiciones de los principios modernos?

La secta republicana de *La Joven Italia*, cuyo espíritu y objeto supremo era el de la completa emancipación del país, se había comprometido, aun antes de la insurrección, a no desplegar su verdadera bandera, por respeto a los sueños de los principios regeneradores; pero si bien el rey del Piamonte y el Gobierno provisional habían repetido diferentes veces la promesa de que no se hablaría ni trataría de la forma de gobierno que se establecería hasta que se hubiese obtenido el triunfo de la causa que se defendía, cambiaron de lenguaje uno y otro y propusieron al país su anexión al Piamonte.

Hecha esta demanda por medio de un plebiscito, obtúvose la fusión inmediata que se había pedido; fusión que, hecha en los primeros momentos sin más condiciones que la de vencer al enemigo, habría reunido y coordinado todas las fuerzas con este solo objeto y pro comun, en vez de extenderlas y dividir las, con ventaja de aquel.

En medio de todas estas intrigas, las condiciones de la situación italiana empeoraban cada día. A la victoria de los Milanés siguió un estremecimiento general de libertad y de esperanzas en toda la península. Se ausentaron de sus capitales los duques de Módena y de Parma, después de haber dado un Estatuto, y no tardaron en constituirse en aquellos Estados Gobiernos provisionales que pidieron también su anexión al Piamonte. El gran duque de Toscana tuvo que renunciar sus títulos y cualidades de príncipe austriaco, y aceptar ministros que no eran de su agrado, los cuales, elevados al poder, en vez de conformarse con las aspiraciones del príncipe y defender sus intereses, se hacían sus enemigos.

Al Papa se le imponían también ministros y generales, y una guerra contra la que la Alemania protestaba, amenazando con un cisma. Pio IX, que con su cara y autorizada voz, había bendecido las esperanzas italianas; había enviado un *Monseñor* muy querido de él, como representante suyo, al campamento italiano; puso sus tropas bajo el mando de un capitán piamontés con orden de marchar de acuerdo con Carlos Alberto: solicitó de los príncipes que enviasen diputados a Roma para concluir una liga política. Sacerdote inerme, rodeado por un Consistorio cosmopolita, cuando vió que corría peligro de zozobrar la nave de Dios que le había sido confiada, rechazó toda participación con la revolución: declaró que él no había

hecho más que aquello mismo que antes habían sugerido las potencias a Pio VII y a Gregorio XVI, y que él creía ser ventajoso a sus pueblos. Doliéndose de que estos no hubiesen sabido mantenerse fieles, conservando su obediencia y su concordia; dijo que no debían imputársele a él las convulsiones italianas; a él, que aborrecía el derramamiento de sangre, y repudiaba a aquellos que hablaban de una República italiana presidida por el Papa (1).

Roma, que todavía obedecía al Papa con tal de que el Papa le obedeciera a ella, se conmueve al oírle expresarse de este modo; blasfema como se acostumbra a blasfemar allí, amenaza anegar en sangre el execrado dominio clerical, y hé ahí de qué modo la fuerza popular abandonó al Gobierno pontificio precisamente cuando más necesidad tenía de sostenerle y apoyarle.

Ya se había apoderado de los ánimos el demonio de la desconfianza: se sospechaba que el Piamonte quisiese reducir la causa italiana a una cuestión dinástica: a Nápoles que, para ponerse a cubierto, se había apoderado de Ancona, se le atribuían proyectos ambiciosos de conquista: se sospechaba que el Gobierno romano quisiese recuperar el Polesino y otros antiguos territorios enclavados en los Estados de Parma y de Módena: también inducía sospechas la misión del prelado que el Papa había enviado al emperador; y no menos sospechas infundía la flota que el rey Fernando enviaba al Adriático para reforzar la flota sarda, cuya flota al pasar delante de Sicilia fué cañoneada por los Sicilianos. Se desconfió del ministerio romano al verle poner todas las fuerzas pontificias bajo la dependencia de Carlos Alberto; y, en medio de las vacilaciones del Gobierno, tomaban mayor incremento las acciones suversivas con los acalorados discursos y discusiones de los círculos, y de los cafés, y con la apasionada polémica de los periódicos.

El nuevo ministerio romano presidido por el filósofo Mamiani no tardó en declarar que Pio IX oraba, bendecía, perdonaba, pero que abandonaba a la Asamblea la dirección de los negocios; lo cual equivalía a despojarle de toda autoridad temporal.

En los Estados napolitanos los negocios se pusieron en peor estado. La Sicilia se mostró

(1) « Nuestro nombre fué bendecido en todo el mundo por las palabras de paz que pronunciaron nuestros labios; y no hubiera podido serlo, seguramente, si de ellas hubiese nacido la guerra..... La unión entre los príncipes, la buena armonía entre los pueblos de la Península, es solo lo que puede hacer obtener la felicidad anhelada. Esta concordia exige que todos nosotros debamos abrazar igualmente a todos los príncipes de Italia, porque de este abrazo paternal puede nacer la armonía que conduzca al cumplimiento de los deseos públicos. »

(Contestación al mensaje de los diputados.)

siempre reneorosa contra Nápoles, quejándose de verse pospuesta a aquella, y temiendo ser absorbida, sacrificada. El pueblo, la aristocracia y la mayor parte de los escritores consideraban como extranjeros a los Napolitanos. Reinaba allí un inquieto descontento, y hubo algunas insurrecciones, especialmente en 1837 con motivo del cólera; y ahora, anticipándose a los movimientos lombardos, se sublevaron primero Mesina, y después Palermo: victoriosos en las barricadas, armadas las *Compañías de armas*, pidieron un gobierno separado para la Sicilia, y la Constitución de 1812. El rey consintió en ello, pero los Sicilianos no aceptaron como concesión lo que habían obtenido ya como conquista. Mientras tanto, los liberales napolitanos, después de haber obtenido la Constitución, se manifestaban satisfechos, pero la Sicilia protestó pidiendo su Constitución particular del año 12, y aun cuando el rey aceptase la que se le había propuesto, declaró a los Borbones destituidos; de modo que el rey de Nápoles se vió precisado a tener que distraer una parte de sus fuerzas para reprimir a aquellos insurrectos insulares, precisamente en un momento en que eran necesarias todas las del ejército sobre el Adige. Las restantes fueron enviadas a Lombardía.

En conformidad del Estatuto, y para ponerlo en ejercicio, fueron convocadas las Cámaras en Nápoles. Algunos diputados pretendieron en las reuniones preliminares que aquellas debían ser Cámaras *constituyentes*, no constituidas: estos debates interiores encontraron eco fuera del Parlamento, y se originó de ello un tumulto en el que tomaron parte en favor del rey los *lazzaroni*. Hubo incendios, muertes: las bayonetas y las prisiones apaciguaron el motín; y como el primer instinto de todo ser es el de su propia conservación, el rey reclamó su ejército que había llegado ya a las orillas del Po, viéndose privada de este poderoso auxilio la independencia italiana.

Adulábase a Carlos Alberto llamándole rey de Italia, de modo que los príncipes se creyeron arrastrados a combatir, no ya por la causa nacional, sino para revestir a uno solo de ellos con sus propios mantos, lo cual dió lugar a que renaciese la antigua manía de querer mandar todos, más bien que ver sobreponerse a ninguno de los nuestros.

Y ese rey que, ateniéndose a la estrategia preceptiva había repudiado la poderosa alianza de la insurrección popular, y que dominado por la ambición de ser él solo el héroe de la redención italiana no había permitido que otras espadas más acostumbradas a la guerra que no lo era la de un rey, tomaran parte en ella, sentía temblar ahora la suya entre sus manos. El valor de los soldados se estrellaba contra los terribles obstá-

culos de la naturaleza y del arte: las provisiones mal distribuidas ocasionaban muchas veces hambre en medio de la abundancia: las partidas ó guerrillas formadas por los *Cruzados* (como ellos se llamaban sin saber por qué), se portaban con mucho valor y buena voluntad en el Estelvio, en Tonale, en Curtatone; pero les faltaba la unión, la disciplina, la perseverancia que se requiere y son necesarias para obtener la victoria. De este modo el Austria no tardó en recuperar sus ventajas; un nuevo ejército bajando de los Alpes cárnicos volvió a ocupar el país Lombardo-Veneto; y Radetzky, desembocando por Verona, arrolló el débil ejército real y concedió un armisticio al rey derrotado, a condición de que evacuase todas las fortalezas que ocupaba y se retirase detrás del Adda. El ejército llegó a Milan en el mayor desorden y desorganización, pero salió de allí inmediatamente para volver a pasar el Ticino; así, a excepción de Venecia, todo el reino Lombardo-Veneto se encontró reconquistado.

Los Austriacos se habían detenido a orillas del Ticino; pero pasaron a ocupar los ducados bajo pretexto de parentesco, así como también la Rumania, habiendo contestado a las nuevas y solemnísimas protestas del Papa, que no era a él a quien hacían la guerra, sino a las partidas de guerrilleros que, contra su voluntad, los habían hostilizado. De esta manera volvió a quedar otra vez Italia en poder de los Austriacos.

Con tales desastres se exasperan los ánimos, se precipitan los consejos. Pelegrin Rossi, natural de Carrara, prófugo desde 1816, había adquirido cierta reputación asociando las ciencias económicas a las jurídicas: redactó una Constitución a la Suiza; en Francia fué catedrático de derecho constitucional, y llegó a ser par. Cuando Pio IX inauguró el progreso, Luis Felipe le envió a Roma para que, como hombre práctico, dirigiese los pasos del Papa, y para que, como antiguo emigrado, inspirase confianza a los liberales. Supo, en efecto, inspirar una confianza tan grande al pontífice, que este, después de los últimos acontecimientos, le llamó para ponerle al frente del ministerio. Habiendo aceptado este grave encargo, Rossi se dedicó a restaurar la Hacienda, a promover las obras públicas, a formar una estadística, y a tejer las primeras mallas de la liga italiana « de la que había sido iniciador Pio IX, espontáneamente, y continuaba siendo constante promotor », reprimiendo, mientras tanto, los motines de las plazas, conteniendo a las facciones, al mismo tiempo que a la reacción en el palacio. La firme resolución y la fuerza de voluntad que desplegaba para resistir, le acarrearón el odio, y le hicieron el blanco de los furores del pueblo, el cual, habiendo cesado de amar y de

9 de enero.

18 de enero.

1.º de mayo.

1848.

1848.

abril y mayo

1848

aclamar estrepitosamente, necesitaba desahogar sus iras también estrepitosamente.

13 de noviembre. Abiertas las Cámaras, al dirigirse á ellas, Rossi es asesinado públicamente, y los triunfos del pontífice regenerador se cambian en los triunfos de un asesinato celebrado, no solo en Roma, sino en otras muchas partes de Italia.

13 de diciembre. En medio de la consternación general, y del espanto que produjo aquel golpe, y la proclamación de la Constituyente italiana, el mismo pontífice fué asaltado en su propio palacio; así fué, que al verse abandonado por el vulgo que él había creído ser el pueblo, se arrojó en brazos de los príncipes, y huyó de Roma, yendo á refugiarse al reino de Nápoles. La Constituyente pronunció la destitución del Papa, proclamó el gobierno republicano, y declaró bienes nacionales los bienes eclesiásticos. Trasladándose Mazzini á la República romana, fué nombrado triunviro, con Amellini y Saffi.

9 febrero 1849. El gran duque de Toscana, hallándose sin fuerza bastante para resistir, y no queriendo dar motivo para reacciones, abandona también el país, y la Cámara nombra un gobierno provisional que desliga á todos del juramento prestado.

En la caída del pontífice pareció verse el hecho de una conjuración europea que tenía por objeto el subvertir todo el orden de cosas establecido, y hacer desaparecer toda subordinación (1).
1849. España y Francia quisieron reintegrar al Papa en sus dominios, de modo que la suerte de la Italia sería decidida áun por las armas y los consejos extranjeros.

Una facción que en el Piamonte se titulaba democrática y proclamaba ruidosamente la necesidad de emprender una nueva guerra inmediatamente, llevó al ministerio á Gioberti; pero cuando este sugería la idea de impedir la intervención extranjera enviando tropas italianas para reconstituir la mitad de la Italia, se vió altamente desaprobado y obligado á abandonar el ministerio. Reemplazado por Chiodo, este promete ántes que todo la guerra con el Austria; y preparado ó no para hacerla, se rompe el armisticio. Desde el monte Cénis hasta Siracusa vuelven á palpar los corazones, como el año anterior, con nuevas y magnánimas esperanzas; pero ántes que llegasen los socorros, y sin hallarse casi dispuestos, una jornada en las llanuras de Novara bastó para dar un completo triunfo á los Austriacos. Al ver Carlos Alberto derrotado su ejército, abdica, y huye hasta la extremidad de la Europa, y al poco tiempo

(1) Contribuyó á creerlo así el que en el mismo día hubo un gran tumulto en París, en Viena, en Berlín y en Cracovia. También habían sido contemporáneas de la insurrección de Milán, las insurrecciones de Estokolmo, de Berlín, de Mónaco, y de otros países de Alemania.

sucumbe en Oporto, víctima de su dolor y de sus recuerdos.

Comprada la paz por su hijo Victor Manuel al precio de setenta millones, se dedicó á curar las heridas del país, y á consolidar las instituciones. El reino Lombardo-Veneto quedó á merced del despotismo militar, solamente Venecia, una vez rota la fusión hecha con el Piamonte, se decidió á *resistir á todo trance*, en nombre de San Marcos, y bajo la dirección del abogado Manini; y aun cuando fué abandonada por la flota sarda, y le faltaron los subsidios fraternales; á pesar de verse bloqueada cada vez más estrechamente, fué la única que, en medio de aquellos apuros, tuvo suficiente valor para discutir sobre las franquicias constitucionales prometidas al reino Lombardo-Veneto, y no capituló, sino cuando ya no tuvo un pedazo de pan que dar á sus habitantes.

Los republicanos del resto de la Italia habían ido á refugiarse á Roma, mientras que los príncipes desposeídos del poder fueron á refugiarse á Nápoles. Una poderosa expedición sale de este punto para domar á la Sicilia, á la que se consigue refrenar y hacer entrar en el orden por medio de prisiones, de formación de causas, y de ejecuciones de justicia, lo mismo que en las provincias de tierra firme. Vueltas á abrir las Cámaras en Nápoles, el 1º de Julio, no tardaron en ser disueltas, inaugurándose de nuevo el gobierno personal.

Alzándose los Florentinos contra un puñado de Liorneses y vengando con asesinatos los asesinatos con que había sido ensangrentada la pacífica Toscana, volvieron á colocar al gran duque en el trono. Más afortunado este que los otros príncipes, habiendo sido restaurado por sus propios súbditos, fué celebrada su vuelta con estrepitoso aplauso, y hasta con entusiasmo. El gran duque hizo acuñar una medalla conmemorativa con las palabras HONOR, FIDELIDAD, para regalársela á los que habían contribuido á la restauración, y á los miembros del municipio; sin embargo, cedía ante las pretensiones del Austria sabiendo que aquellos señores que habían reclamado su venida lo habían hecho solo con el objeto de poner término á las discordias interiores del país, y temerosos de que, á consecuencia de la derrota de Novara, se hiciesen enteramente dueños de él los Alemanes; de modo que habiendo cesado de existir entre él y sus restauradores una mutua confianza, el gran duque ya no se confió más que en los Austriacos, y de ningún modo en su pueblo. Por el convenio de 22 de abril de 1850 se estableció la ocupación indefinida del gran ducado por las tropas austriacas, y la suspensión de las garantías constitucionales.

Los Franceses, después de haber desembar-

cado en Civitavecchia, y declarado que venían á restablecer el Gobierno pontificio, pero sin los abusos que habían desaparecido ya anteriormente, asaltaron á Roma, no sin mostrarse muy maravillados de que los Italianos se defendiesen. Estos, sin tener un ejército regular, sin jefes experimentados, se condujeron como héroes é hicieron pagar muy cara la conquista de la Ciudad Eterna, la cual no sucumbió sino después de veinte y seis días de trinchera abierta. El Papa tardó en volver á entrar en ella, en vista de la desolación y desorden en que se hallaba el país, infestado por partidas de malecheros armados; olvidada toda obediencia, recurriendo las facciones á los asesinatos políticos; mezclada la estupidez de milagros ridículos con la rabia y el furor de nuevas y repetidas insurrecciones, y comprometida la autoridad espiritual y confundida y envuelta en el aborrecimiento á la autoridad temporal.

Así pues, lo que en todas partes se veía no era más que reformas, revoluciones, anarquía, reacción; después de los delirios del pueblo, vinieron los delirios de los príncipes, sin deseos ó sin predisposición á reconciliar y hermanar la subordinación con la libertad, el orden con el progreso, tomando pretexto y sirviéndose de los excesos de las exigencias, para negar hasta lo que era justo y había sido prometido: borrada toda iniciativa; anulada la moderadora acción é influencia de las gentes bien pensadas y animadas de buena voluntad; abandonado y entregado el progreso á una oposición que carecía de lógica y de eficacia, que no sabe ni evitar los padecimientos, ni sufrirlos.

Esta fué la primera vez que la Italia sublevada hiciera frente al Austria en una verdadera guerra; no con ejércitos disciplinados, sino con una juventud inexperta en el manejo de las armas, con poblaciones pacíficas, con ciudades abiertas tales como Milán, Venecia, Vicencia, Treviso, Brescia, Bolonia, Ancona, Liorna y Roma que supieron resistir á los ejércitos austriacos y franceses, no solo en esos instantáneos arranques de valor, hijos del entusiasmo en los primeros momentos, sino con una difícil perseverancia, aun después de haber perdido las esperanzas del triunfo.

En medio de los deplorables dispendios que ocurrieron y de las discordias que reinaron, una cosa fué común en todos: el sentimiento de la nacionalidad; sentimiento expresado primeramente con gemidos, con demostraciones de gozo y entusiasmo después, y últimamente con protestas.

II.

LA NACIONALIDAD. — ALEMANES Y ESLAVOS.

Dejando á un lado los padecimientos de los individuos y de las naciones, la revolución de 1848 será memorable, porque al principio de la legalidad fictiva, de las tradiciones, y del derecho de gentes, sustituyó el de la nacionalidad, queriendo que los territorios fuesen demarcados, no conforme los convenios lo habían dispuesto, sino según las nacionalidades; que la nación, y no el Estado fuese considerada como el fundamento jurídico de las agregaciones humanas, y como fin supremo del derecho de gentes; que fuesen garantizados el respeto y la independencia de cada nacionalidad, y la coexistencia de esta fundada sobre la igualdad é independencia jurídica y legal de todas ellas.

Esta palabra, así como todas aquellas con que se aspira á compendiar un sistema completo, es entendida é interpretada de diferentes maneras. Mientras que los unos la aplican al origen, otros á la lengua, otros á la historia y otros á la disposición geográfica del terreno; algunos otros dan la preferencia á la libre asociación de las gentes viviendo una vida común en un territorio determinado y fijo, con igualdad completa ó comunidad de costumbres, de instituciones y cultura. Esto prueba no hallarse faltos de base científica, ni el principio orgánico de la vida jurídica ó legal de los pueblos, ni la razón de los derechos y de los deberes públicos. Á lo sumo, y en caso de necesidad se podría demostrar que Niza y Saboya eran países italianos ó franceses, y que la Alsacia y la Lorena eran franceses ó alemanes. Apenas hay una nación en Europa de una raza pura á la que convengan y puedan aplicársele, en absoluto y enteramente, algunos de aquellos caracteres; caracteres de que carecen por completo los países del Asia y de la América. Con las nacionalidades triunfantes se tienen nacionalidades militantes como la Hungría, la Armenia y el Epiro; nacionalidades que sufren como la Italia, la Polonia y los países de Turquía. Con este principio se coarta y elide la acción del genio y de la iniciativa individual en los acontecimientos más grandiosos de la historia, y lo que se forma y constituye espontáneamente por sí mismo, ó por efecto de voluntad determinada hija de contingencias de tiempo y de lugar. No se puede mutilar al hombre reduciéndole á simple raciocinio, porque una palabra procede de la imaginación, otra del corazón, otra de la cabeza; y todo el conjunto de las facultades humanas llega, al fin, á abrazar y á contener el universo.